

guinario y brutal. El conde irritado mas y mas tomó una hacha, y con ella derribó muerto á sus piés al sobrino de Ruggiero. Condujeron el cadáver ensangrentado á la presencia de este último, quien disimulando su dolor y sus deseos de venganza, dijo con aparente frialdad: „Vosotros me queréis engañar; este no es el cuerpo de mi sobrino. Conozco al conde della Gherardesca, y sé que es incapaz de cometer semejante atentado. Llevaos ese cadáver, y que no se me vuelva á hablar acerca de esto ni una sola palabra!”

Así habló Ubal dini, en tanto que la aflicción y el mas profundo rencor agitaban su corazón. Siguió presentándose en público con la alegría pintada en el semblante, mas su cólera, semejante al oculto fuego de un volcan, solamente se retardaba para ser mas terrible al estallar.

IV.

El día 1.º de julio del año de gracia de 1288, se reunió el consejo de Pisa en la iglesia de S. Bastiano, con el objeto ostensible de discutir el tratado de paz con Génova, mas en realidad, para arreglar la conspiración que debía derribar á Ugolino. Este sospechó lo que se tramaba y envió á su nieto Nino, por sobrenombre el Brigata, para que reuniese á los güelfos y los introdujese en la ciudad. Había llegado el momento decisivo, y Ruggiero al salir de la iglesia convocó al pueblo, é hizo que la campana mayor tocase á rebato. Una multitud innumerable se espació por las calles de Pisa, gritando: „*Viva el pueblo! muera el tirano! muera el traidor! muera el conde Ugolino!*” Los Gualandi, los Lanfranchi, los Sismondi, los Orlandi, los Ripatratta y otras familias gibelinas se incorporaron al arzobispo. El conde della Gherardesca con sus dos hijos y sus dos nietos, los Gaetani, los Upezzinghi y sus satélites, defendió valerosamente la plaza y los alrededores de San Bastiano y el Santo-Sepolcro. Obligado á ceder el terreno pasó á paso, se retiró al palacio del *popolo*, que defendió desde el medio día hasta el anochecer. Fatigados los sitiadores, tomaron por fin el partido de incendiarlo. Imposible fué resistir á este nuevo y poderoso enemigo, y Ugolino cayó en poder de sus contrarios en union de sus hijos Gaddo y Ugucione, y de sus nietos Nino el Brigata y Anselmuccio.

Entregados al arzobispo Ruggiero, éste se vengó haciéndolos encerrar en la Torre de Gualandi, (que desde entonces se llamó Torre del Hambré), y condenándolos á morir de inanición.

La muerte de Ugolino y de su desgraciada familia, inspiró á Dante uno de los episodios

mas admirables de su poema inmortal (1). El historiador y el poeta han reprobado igualmente el bárbaro suplicio á que Ruggiero le condenó, porque sus crímenes, á pesar de ser tan atroces, nunca podían justificar tan inhumana conducta.

Nuestra pluma se aleja con placer de estas escenas de horror. La vida del conde della Gherardesca, recordará siempre á los hombres cuán cierto es este dicho de Tácito: „Los gobiernos fundados en la violencia, jamas pueden ser de larga duracion.”

México, febrero 25 de 1844.

AGUSTIN A. FRANCO.

(1) Dell'Inferno, canto XXXIII.

EL VIRTUOSO
PINTADO POR SI PROPIO.

CUANDO encuentro en una obra mucha imaginación, con gran sabiduría, un juicio exacto y profundo, pasiones elevadas, pero verdaderas, ningún esfuerzo para parecer grande, una estremada sensibilidad, mucha elocuencia, sin mas arte que aquel que viene del ingenio: entónces respeto al autor y le estimo tanto como á los sabios ó á los héroes que ha pintado. Me complace en creer, que quien concibió cosas tan grandes, no habria sido incapaz de practicarlas, y me parece injusta la fortuna que lo limitó á solo escribirlas. Me informo con curiosidad de todos los pormenores de su vida; si ha cometido faltas, las disimulo, porque sé cuán dificultoso le es á la naturaleza mantener el corazón de un mortal en una esfera superior á la condicion humana. Dame lástima ver los crueles lazos que encontró siempre en su camino, y aun las debilidades naturales que no pudo superar con su valor. Pero cuando á pesar de la fortuna y de sus propios defectos sé que su espíritu siempre estuvo ocupado con grandes pensamientos y dominado por las mas dulces pasiones, me arrodillo para dar gracias á esa naturaleza que creó virtudes independientes de la felicidad y lueces que no pudo extinguir la desgracia.—VACVENARGUES.

La moral de Platon es el último grado de la sabiduría humana, confirmada y divinizada por el Evangelio.

EXISTENCIA DE DIOS.

Yo creo la existencia de un Dios porque la naturaleza toda lo revela; si escucho el mugir del torrente, creo oír la voz del Señor, el blando gemir de la brisa es el ambiente que le rodea, el brillar del sol, sus miradas y el relámpago me parecen la huella que deja su potente dedo al tender la mano para señalar el lugar que ha de herir el rayo, cuyo estallido es su voz de mando. El sonar de las cascadas, el rodar tranquilo del arroyo y el susurro blando del céfiro son su música. Hay un Dios; esta es una verdad inegable. Contémele las obras de la creación; ninguna de ellas es hecha por el acaso; todas tienen una alma; existe entre ellas una armonía celestial que solo un entendimiento vil puede desconocer. El autor de las maravillas de la naturaleza no puede ser el acaso ciego; es preciso que á la creación haya precedido una inteligencia superior, una inteligencia capaz de arreglar y de dar relaciones entre sí á las cosas criadas; esta inteligencia es Dios. Para negar su existencia seria necesario no tener alma, no sentir, ser un bruto, menos aun que bruto. Un hombre de buena fé jamas se negará á decir, *hay un Dios*. Yo hallo pruebas de esto en todas partes. Cuando parado en la llanura miro al sol, cayendo tras las montañas, lanzar un rayo moribundo que viene á espirar á mis piés, á las sombras de los árboles estenderse y retratar allá en la desecada tierra las copas doradas por la luz y luego alzando la vista al cielo miro celages de carmin y de oro, nubes blancas como copos de nieve y extasiado percibo la blanda harmonía de mil pajarillos que vuelan á su nido y que mezclan sus trinos con el suspirar de la brisa y aspirando con deleite el aire puro de las llanuras, siento un ambiente perfumado y fresco, y oigo el ruido solemne de los árboles mercidos por el viento y á lo lejos el mugir sonoro del buey y el tímido balar de las ovejas, siento mi alma enternecida, levanto mis ojos y creo divisarte, Dios mio, allá al fondo del azul del cielo y me prosterno y te alabo y esclamo, „*Hay un Dios*.”

Luego levanto mis llorosos ojos al firmamento y miro el lucero de la tarde, solitario, con su brillar dulce como el pensamiento de una ma-

dre tierna, miro mil estrellas repartidas en la bóveda celestial; luego miro la fulgente luna alzarse, é inundar á la tierra con su luz melancólica y suave, la miro atravesar ese cielo transparente como el cristal; siento que el sonar de mi respiracion quebranta el silencio solemne que reina en mi derredor; miro á la naturaleza en reposo, su silencio es el silencio de la huesa; mi alma se contrista; exhalo un suspiro y esclamo, „*Hay un Dios*.”

Si lleno de pavor y tristura contemplantó el horizonte miro á lo lejos un nubarron coronado una montaña y lo veo estenderse lentamente, ceñido á veces de terrible fuego, cubrir de luto al cielo y avanzar mugiendo, si miro á la luna ocultarse tras ese velo con pausa, con dolor, como se alza el hombre del lugar donde pasó su infancia, si la miro cubrirse enteramente y oigo silvar el viento y veo estender la nube y undir al mundo en una obscuridad horrenda, si miro iluminarse la tierra con la luz del relámpago y oigo el ruido del rayo, terrible como la voz del Señor, y el soplar del huracan y el crugir siniestro de las ranas y aliento el denso ambiente que me circunda y luego miro á la añosa encina morir herida por el rayo y siento el ligero ruido del agua que comienza á caer y despues el sonar estrépitoso de un torrente que se desprende de los cielos, inclino mi frente y temeroso esclamo, „*Hay un Dios*.”

Siento luego mi cabeza refrescada por el céfiro y pongo mis miradas en el cielo, veo mil nubecillas ligeras vagando por el azul del firmamento; si entre sus quebras veo la vacilante luz de las estrellas, creo ver un coro de querubines agitando sus atas de plata, de ébano y de brillantes, que vuelan á descosrer el velo que me ocultaba el cielo: miro entónces de nuevo brillar la luna que ilumina las húmedas y lucientes hojas del arbutó; la miro retratarse plateando las nubes y la cima de los montes en los lagos que formó la lluvia y siento un gozo inesplicable que hace rodar una lágrima por mi mejilla y que me obliga á esclamar, „*Hay un Dios*.”

Si arrullado mi alma por el dulce ruido de la brisa jugueteando entre las ramas de los sau-

ces y embriagada con los vapores de la agua me quedo dormido sobre el césped húmedo, un grito de alegría que la naturaleza lanza gozosa me despierta y oigo el trinar sonoro de las aves y las miro sacudir sus alas de oro y de rosa, de ametistas y de ébano y de rubies, y volar de rama en rama, y posarse en la mas elevada para saludar desde allí al sol; levanto mis ojos entonces, como ellas, al cielo: miro al espacio señarse de oro, lo miro nacarado como la rosa, palidecer despues y convertirse en fuego. Veo despues salir por detras de la montaña una ráfaga de luz que se divide en rayos, es la diadema del Señor; las aves cantan de nuevo y men su canto de gratitud al coro que enlona un himno ante el trono de Dios. Las cumbres de los montes opuestos lucen como el oro, la brisa susurra, los árboles, lánguidos de placer, mecen muellemente sus frondosas cimas, la tierra rosa abre su capullo delicado y el sol aparece en

todo su brillo y esplendor. Entonces me siento vivificado, mi alma se estáia contemplando a la naturaleza y exclamo „Hay un Dios.“ Posturado en tierra entono mis alabanzas y mis plegarias, uno mi débil voz a la voz robusta de la creacion, á esa voz que subirá hasta el trono del Señor, como al nacer de la aurora sube por el espacio en perfumado vapor la gota de rocío que brilló en el pétalo de la rosa.

Vuelvo mis ojos á las ciudades, las miro hundidas en el cieno de los crímenes; me vuelvo á los palacios, los miro preparándose á sus orgías y estremeciendome grito „Hay un Dios.“

Esta es para mí una verdad que encuentro escrita en todas partes; en el campo, en las ciudades, en los bosques:.... por donde quiera que voy, oigo una voz que me dice: „Mira la naturaleza, hay un Dios.“

J. M. DEL CASTILLO.

ESQUISSE.

Traten pues así trocados
Los seculares de los himnos,
Los frailes de los juzgados,
De las flotas los preladados,
De conciencias vizcaínos;
Los hombres usen espejos;
Mugeres rijan la tierra,
Los mozos den los consejos,
La gala sigan los viejos
Y estos hagan la guerra.

Revolviendo las hojas de un libraco viejo me hallé que una descendiente, por linea bastarda, de D. Pedro el Justiciero escribió á mediados del Siglo XVI, una Teórica de virtudes en la que se hallan los versos que puse á guisa de epigrafe, y sea la contemplación del libro viejo que tenia en mis manos, sea mas bien el sentido de los versos, el caso es que me puse á meditar y ¡enidado! que aunque soy algo escaso de meditaciones, el día que me da por ellas, soy sublime ó insufrible, no lo sé. Queréme pues buen espacio recapacitando ¡Que demonio! exclamé. El mundo en que vivió D. Francisco de Castilla (así se llama el autor de los versos copiados) debió de ser algo peor que este en que yo vivo, ó quizá ese siglo fué de trocamientos y necesidades así como el mio lo es de fósforo y de vapor; no, lo cierto es, á lo ménos es fundada conjetura mia, que el siglo de D. Francisco fué un siglo, así como si dijéramos, de

tiempo de máscaras y de disfraces y por eso entendian los seculares de los himnos y habia todo ese barullo..... ¡Canario! No me interrumpa V. ¡Qué tiene el mio? Empezo V. á ponerme ejemplos; ellos indicarán á V. su respuesta.—No señor; no insista V., no sea V. tan necio, porque me verá obligado á explicarlos como es debido.—No hay remedio, señor murmurador; es preciso callar á V.—Ya lo esperaba, salió V. con el cuento favorito.—¿Qué tiene de particular que el M. R. P. Fr. Antolin se entrometa en el ministerio y ande solícito trás el ministro? ¿No puede pretender un..... en fin señor mio, un empleo? No para él, se entiende, sino para un su sobrino, que le tiene de obligacion por ser hermano de una su sobrina hija de su tia, es decir que..... el parentesco y el ahinco por favorecer al prójimo le impelió á hacer lo que hace.—Cuidado, señor de la lengua larga, cuidado. ¡Quién le ha dicho á V.

que un fraile no puede tratar de juzgados porque su mision en la tierra no es para ello?—No señor; no interprete V. mal; se interesó en aquella causa, pues, la de Julian, pero no para acriminarlo, sino para defenderlo: lo hizo estar mucho tiempo en una cárcel pero fué con el objeto de salvarle de la horca movido de los ruegos de la esposa de Julian, haciendo mérito de los padecimientos sufridos en la prision, porque debe V. saber que el robo que hizo Julian estaba probado; suponga V. la esposa misma lo confesó y el hermano Antolin lo atestiguó interpelado por la esposa que le exigia una prueba de su amor..... á la verdad.—¿Lo vé V. señor mio? Tan sencillo como esto es todo lo que V. critica y luego se esclama con dolorido acento, *el mundo está malo*, y en prosa y en verso se repiten los del epigrafe.—No, amigo, no; el mundo marcha, la inocencia reina. ¡Oh tempóra, oh mores!

Tan inocente es que traten de juzgados los frailes como de las flotas los preladados. Y luego eso no es cierto porque no son muy comerciantes ellos, á lo menos en las materias que se traen en las flotas. Pero suponga V. que lo sean; mire V. toman su chocolate por la tarde, se van luego, como es regular, á rezar las horas canónicas, se tocan las oraciones que es como si dijéramos que se tocaba á sombreros, ¿qué quiere V. que haga el prelado? Se va á ver á D. Cleofas su amigo, el compañero de su negociacion allá en su infancia y se entromete en los negocios.... Ya se ve, es capaz de nombrar al gefe de una escuadra; y tomará empeño en ello para que el que lo sea, sea buen cristiano, porque ya V. ve, esa gente marina es tan mala..... y luego pudiera ser que ese gefe le consiguiera un curato y hallar así ocasion de quitar de pecado á qué sé yo cuantos que lo estarán en su feligresia. Ponga V.; recibí no sé qué suma para hacerlo y ¿qué tiene eso de malo? Es para socorrer á aquella huerfanita.... Hombre, calle V.—La socorre, pues si es tan inocente que no sabe ganar su vida, y es tan hormosa.... ¡Laud Deo! señor murmurador, se quedó V. sin saber qué decir.

Hice una pausa y me quedé abismado contemplando el vuelo de una mosca. Abri de nuevo el libro y no sé cómo me volví á hallar frente á frente de los citados versos.—¡Vizcaínos, hace visto! Creo que yo tuve un amigo vizcaíno, y era por cierto un buen amigo. ¡De conciencia vizcaínos!—Y á fuer de estudiante quedéme comentando. Equivocación del impresor, esclamé! Lechuguinos, debía de decir aquí, ó pollinos ó dilletanti, que todos esos nombres son sinónimos. Bien pudiera ser que vizcaínos fuese un nombre genérico con el cual pudieran designarse los picaros y los tunos: en tal caso creo que toda la baraja se ha vuelto asés, quiero decir, que hay muchos vizcaínos entre mis conocidos, aun sin ser dilletanti. ¡Hombres inocentes! ¡almas candidas! ¡Pensando siempre con tanta moralidad, en cosas tan serias, ya V. vé el lazo de la corbata, el corset, la mancuerna de la casaca, el tacón de la bota! ¡Angelitos en forma de figurinos, salve vds. si pueden y deben entender de conciencia, no esos vizcaínos! Ciertamente ese siglo de D. Francisco de Castilla era malo, muy malo.—No se parece, no, señor murmurador, en nada se semeja nuestro siglo al del otro; mire V. en aquel tiempo lo que sucedia: „Los hombres usen espejos, dice el autor; eso si es muy feo, en el nuestro se usan espejuelos, que es muy distinto, y luego mas vale que usen espejos y gasten afeites y se unten de grasa el rostro y pierdan tres horas en tan inocente ocupacion, que no en tramar una revolucion, ó en seducir.... ¿Porqué he de callar? No miento, en eso no séducen á las jóvenes. ¡Dígame V. qué muger que tenga dos gotas de entendimiento, suponiendo que sea líquido el tal ingrediente, ha de amar á un dilletanti? ¿No vé V. que la muger busca al hombre y el hombre á la muger?... Pues ahí tiene V. la razon por la cual nadie ama á un dilletanti, á saber, porque ni es hembra ni es macho.—Le enfadó á V., ya la disertacion; lo mismo me sucede á mi.

Ya saben vds. amigos míos, cuán fácil es seguir lo que se tiene empezado; tambien saben cuán agradable es meditar cuando está uno de mal humor. En mi concepto ambas cosas tenian yo á mi favor, por que senti una propension irresistible á la meditacion: fume leyendo palabra por palabra los versos de D. F. de Castilla, y haciendo reflexiones sobre ellos.—Mugeres rijan la tierra.—Estaba yo tan aturrido, que entendi que rijan venia del verbo *rijar*, y que el tal *rijar* significaba arar, labrar ó cosa semejante. Eso era infame, esclamé; en el siglo XIX, á pesar de su materialismo, las mugeres no rijan la tierra. ¡Son tan delicadas!.... ¿Pero de qué rie V.?—¡Volvemos á la cuestion!—Es verdad; entendi mal, rijan del verbo *rijar*, pero tampoco eso sucede ahora.—¿Cuándo ha visto V. en nuestros tiempos una muger que rija la tierra, sin ser reina, se entiende, por que eso es justo? Cuándo ha visto V.... No vuela V. caballero; el genio de la murmuracion le da á V. tal velocidad en el habla,

que nada le entiendo; solo percibi Luisita, y no sé qué nombres.—¿Qué engañado está V! Anonigmo, esa es una virtud que tenía un marido con quien se casó, por cuya muerte se quedó sin esposo y sin arrimo y sin amparo; do consiguiente era muy natural buscarlo, y lo ha hallado en ese señorón que es el consuelo de su belleza inconsolable y le procura.... Pero si no me deja V. concluir: casaron á ese jóven, sí señor, pero fué porque esa jóven necesitaba quien cubriese lo que tuviera que cubrirle, y quien la defendiese de no sé qué ocul-tro enemigo....—Bien, esa señora, amigo murmurador, es una señora casada, como V. dice; pero ese señor cuyo nombre me dijo V. no es su amante, sino un hombre que recibe la superabundancia de amor que hay en un pecho tan sensible como el de la señora, al cual no le bastan el marido y los hijos; además, el caballero á quien acusa V., tuvo la culpa, porque él buscó á la señora por ciertas razoncillas de conveniencia.... En resumen, será todo lo que V. quiera; pero nada de eso significa que las mugeres rijan la tierra.—Fulanita dirige á D. fulano, es verdad; á cambio de favores consigo sus empeños, quita y da empleos, es cierto; pero lo mas que eso puede significar es, que en nuestro tiempo mugeres hay que rijan á los hombres y hombres que rigen la tierra, y no se infiere que mugeres rijan la tierra.

Mire V., señor murmurador, en tiempo de D. F. de Castilla, los mozos daban los consejos, en el nuestro los dan los niños, las mugeres; aquello era una necedad, y lo nuestro lo muy bueno. Los consejos de las mugeres y de los niños son inocentes, llenos de moral; mire V., conocí yo una que dió veneno á su hermana por que estaba en relaciones amorosas con un quidam amante de la envenenadora; ya V. vé, eso era un medio de aliviarle, mas que eso, de evitarle el pesar de que se viera engañada. Los niños aconsejan cosas de toros, de fiesta, de misas, de soldados, de óperas y eso.... Es V. un necio; eso sirve para divertir al pueblo. —No tratan de eso los mozos, y ménos los de Villar, y luego los viejos chochando, sin memoria, amoldados á la antigua, sin comprender de la época, nada bueno pueden hacer. ¡Gracias al cielo porque en este siglo y en mi casa no dan consejos los viejos!—¡Librenos el Señor de que los mozos den los consejos!—Cuando yo medito, no puedo entenderme, y me barrunto que á mas de cuatro les acontece lo mismo. Mi fuerte son las ideas, pero cuando para tener ideas se ha menester verlas estampadas en

un libro, qué orden ni qué ilacion ha de haber en nuestras mollereras. Miren vds. amigos míos; discurría yo hace cinco minutos sobre frailes, y qué sé yo, y héteme ahí pasando repentinamente de prelados á mugeres, de frailes á vizcaínos, de viejos á mozos, de galas á guerras; esto se llama una transición prosaica, forzada, inoportuna, molesta y fastidiosa.—¡Oh, cómo me molesta V., señor murmurador! ¿Qué tiene D. Anacleto que no tenga D. Cleofas y otros mil vejetes? ¿A todos me los pone V. como ejemplos? Ya es una mania en V. el seguir los citados versucillos. ¡Cómo se equivoca V! D. Anacleto no sigue la gala como la seguían ia illo tempore. Sigue al ridículo ó el ridículo á él; mas entre gala y ridículo hay buen trecho. D. F. de Castilla vió viejos que se ponían gala, y chocólo, por ser esto ageno de la compostura de su edad; pero en estos tiempos de farsa y de chiste, viejos hay que se ponen galas. Escúcheme V.: en aquellos tiempos D. Anacleto hubiera usado su chupa bordada y su calzon muy fino....—Hombre, calle V., es imponderable la diferencia que hay entre aquel siglo y este.—El mismo D. Anacleto se pone hoy un pantalon tirado por piñalera y tirante, relleno de algodones y almohadillas, cuyo centro es un hueso, se pone un frac cuya forma es debida á una armazon muy curiosa; en el cuello de este hombre máquina, se envuelve una corbata alta, amplia, fina.... indescriptible, en cuya terrible hoquedad encaja una cara larga, flaca, y luego se pasea este cuerpo pavoneándose con un aire pedante, que en nuestro caso es lo mismo que burlesco.—Esto, amigo mio, no es usar gala. No tiene V. que chistar; bien, otros hay que tienen sus canas y á quienes se les ponen rojas ó tal vez los corre por la surcada mejilla el graziendo y negro ingrediente; pero tampoco eso es seguir la gala, porque la gala de un viejo son sus canas, su prudencia, su desengaño. ¡Y sobre seguir la gala, los viejos hacer tambien la guerra! ¡Eso es horrible! ¿No es verdad, señor murmurador? En nuestro tiempo no hay nada de eso.... No señor; sobre que ya no hay guerras. Mire V., se va un viejo ó un mozo, hablan á los contrarios, se arrojan, se da al enemigo lo que pide como da el apuesto doncel su capa, alboroz, romana, frazada ó lo que sea al ladrón nocturno que la pide con justicia y sin ella, y.... toque de retirada; cuando los amagos son entre paisanos, entre hijos de un mismo suelo no hay tampoco guerra; hay traiciones, avenimientos, capitulaciones, unos cuantos hombres muertos, algunas familias huérfanas y

Pax Christi, c'est fini.—Señor murmurador: ha callado V. como un gato á quien degüellan; está V. convencido.—¿Qué bellos tiempos los míos! Las mugeres aumentan el volúmen de sus maridos, de sus amantes, por un verso, por manía, por dinero.... qué sé yo. Las jóvenes se dejan seducir lanzando tristísimos gemidos y dolientes elegías; las niñas aprenden á leer en los *Brevet du Roi* que tienen las cajas de perfumes, y las ancianas.... Oh! las ancianas se pintan para parecer mozas y hacer conquis-

tas intelectuales, se entiende, y.... Miren vds., amigos, nada de lo dicho es la mitad siquiera, de lo que hacía quejar á D. F. de Castilla.... Las mugeres ya vds. las ven, los hombres, miremos vds. Los viejos se pavonean y se preuden y se aciealan, los hombres seducen y roban y matan, los jóvenes se prostituyen y.... los niños, los niños van á las escuelas y se cansan de corretear y de escribir, aunque para esto no les falta razon segun la respetable opinion de—ANÓNIMO.

LA CONDESA DE PEÑA-ARANDA.

I.

EL BARBE.

ERA el año de 1807, época en que aun México, era la corte de una colonia: corte mezquina, remedo burlesco de las cortes de los reyes, con su semi-rey y con su farsa de nobleza. Esta, hija de las riquezas y no de las hazañas de cien antepasados honrados y bellicosos, era quizá la mas ignorante, y al mismo tiempo la mas fá-tua de todas las clases de nuestra sociedad de entonces, porque muy del caso será advertir aqui que un mayorazgo, un título, el primogénito de un conde ó de un marqués, con las inmensas riquezas que á la muerte del padre le quedaban, se creía dispensado de saber aun las cosas mas triviales, indispensables para el trato familiar, y pasaba sus dias en francachelas y desórdenes, en medio de los cuales proyectaba una fundación religiosa, ó hacia una pingüe donación á algun convento con el piísimo objeto de ganarse por este medio el cielo. ¡Sacrílega mezcla de impiedad, de religion y de orgullo, que confundidos formaban la careta que para aparecer en la sociedad nos legaron nuestros abuelos, aquellos que agitados por un delirio de muchos años quisieron que de en medio de la sangre de millares de víctimas brotara una religion pura y sin macha.

Este era en efecto el carácter distintivo de nuestra sociedad; era esta una matrona de dos caras, de las que en una se veían las huellas profundas de la mas desenfadada prostitucion, y en otra la máscara, no de la virtud, sino de

la mas simulada hipocresía. ¿Quién al encontrarse en México á principios del siglo XIX, no se hubiera creído en el centro de una de aquellas ciudades de la edad media en que la religion y el desorden caminaban á la par por sus calles tortuosas y sombrías? La ciudad por otra parte, presentaba en su seno uno de aquellos contrastes quizá exclusivos: la clase elevada de la sociedad, henchida de riquezas y pródiga hasta el exceso; la clase infima desnuda, hambrienta, siempre quejosa y encontrando siempre sordo á sus voces al magnate que la despreciaba, que la hollaba, como nosotros podemos hollar al reptil venenoso que va á morder nuestro pié. ¡Cuadro miserable que debe conmover las entrañas del verdadero amigo de la humanidad! ¡Tiempos funestos que deben convencer á los que entre nosotros suspiran por ellos todavía, de lo mucho que hemos ganado con nuestra república, con nuestra libertad, que aunque vacilantes ahora por las ambiciones particulares, jamas llegaran á caer, porque tarde ó temprano el patriotismo levantará su brazo para sostenerlas.

Mas dejando á un lado reflexiones inútiles, si se quiere, vuelvo á mi objeto, ó por mejor decir, comienzo mi narracion: eran las ocho de la noche del 15 de agosto de 1807, y en uno de los sitios mas hermosos de las orillas de México, á la puerta de una casa de soberbio aspecto, se hallaban parados multitud de coches, en

cuyos arneses y soberbios blasones, fácil era conocer que pertenecían á los primeros personajes de la corte de los vireyes de Nueva-España. Multitud de damas y caballeros elegantemente ataviados bajaban de ellos, y entre tanta gente que á la casa se dirigía, dos jóvenes, aunque de distintas edades, llamaban especialmente la atención por su gentileza, y por lo ajustado de sus vestidos á la moda del tiempo. Estos iban distraídos al parecer con su conversación, y el mayor, que tendría unos treinta años, decía al menor que contaría veintidós:

—El baile será de los mejores que en México se den este año. La señora de tus pensamientos, Julian, desplegará en él todo el encanto de sus gracias; y tú, pobre joven, de corazón enamorado y ardiente, la seguirás embriagado, verás tal vez comenzar esta noche tu felicidad, y mas de cuatro mozalvetes avezadas á las luchas de amor envidiarán tu posición.

—Demasiado lisonjero aparece á tus ojos el éxito de mis amores, Alfonso, contestó Julian. Por lo que mira al baile, no dudo que este excederá en mucho á cuantos se han dado este año, porque el conde es rico y viejo, y ama ciegamente á la condesa, cuyo cumpleaños hoy celebran, y la que tú sabes que posee un gusto delicado y no poco amor propio, para ser menos que las otras en sus convites; mas por lo que toca á mis amores, mucho dudo, el verla rendida esta misma noche á mi voluntad.

—Esas son dudas inútiles, cuando otras veces la has dicho ya que la amas, y ella al parecer no ha llevado á mal tu declaración, pues por el contrario, con mucho agrado ha recibido tus galanterías.

—Es cierto eso; pero también lo es que con pretestos y evasivas muy finas, si tú quieres, no me ha contestado esas veces, como yo hubiera querido; y mucho temo que esta noche me suceda otro tanto.

—Nada temas si sabes acertar este golpe nocturno que de tí únicamente depende: la condesa te ama.

—Me ama; pero no sé qué empeño tiene en disimularme su amor.

—Su empeño es el de todas las mugeres, que jamas ceden á la primera insinuación, ya por conveniencia, ya por orgullo: cinco, seis, siete veces necesita el hombre rendirseles para ablandar su carácter.

—Veinte me le rendiré yo á ella, si á la última he de oír de su labio que me ama.

En esta conversación penetraron en la casa, y se perdieron entre los demás caballeros que subían la escalera.

Era ese día, en efecto, el cumpleaños de la condesa de Peña-Aranda, de María, la esposa querida del conde de Peña-Aranda, viejo rico, que cifraba su mayor placer en ver que su inmenso caudal le servía para satisfacer aun los menores deseos de su esposa bella y graciosa, á la que no exigía en cambio sino una caricia para reanimar con su fuego sus miembros entumecidos por la edad. Era este un día en que año por año se daban festines y saraos, en los que la abundancia y el lujo eran excesivos, á los que concurría toda la nobleza, con un fausto que apenas se veía en la metrópoli, y que llenaban de júbilo al viejo conde que desde los apasientos interiores se estaba con la algazara de la fiesta, porque él hacía consistir su felicidad en el gozo de su María. Soberbia se esperaba la de esa noche, brillante como no lo había estado ninguna de las anteriores, porque las tendencias de la condesa eran á dejar muy atrás á sus competidoras en fausto y en ostentación.

En un salon ancho y estenso cuidadosamente cubierto por las ricas telas que en esa época nos venían de la China, telas que han dejado de verse ya entre nosotros, y alumbrado magníficamente por la muelle luz de la esperma, las mas celebradas bellezas de México ostentaban sus encantos, perfumándolo con las emanaciones suaves de los aromas con que habían ungido sus cabellos, y encantándolo con sus rostros peregrinos. Multitud de jóvenes, elegantes exagerados de su tiempo las rodeaban con ahínco, unos galanteándolas por costumbre, y otros hablándoles el idioma de una verdadera pasión, haciendo reír á muchas y ruborizando á no pocas. Mas la que entre todas ellas se llevaba las miradas de cuantos pisaban el umbral de la sala, la que á todas las ofuscaba, como la luz de la luna ofusca el brillo débil de los otros astros, era la reina de la fiesta, María, la hermosa condesa que á todas las aventajaba. Si no en belleza, en gracia. Sentada en una de las estremidades de la sala, con toda la hermosura de su rostro y la viveza de sus ojos negros, con su blanco ropaje de finísima seda, con su velo trasparente, que ocultaba apenas las formas hechiceras de su seno, con su negro cabello esparcido por la espalda y entreligido con jazmines y violetas, con su guirnalda y con sus joyas ricas y preciosas, parecía una de aquellas visiones celestiales que agitan los ensueños de los amantes afortunados, ó mas bien una de aquellas imágenes divinas que los pintores ó los poetas crean en uno de sus momentos felices de inspiración.

Alfonso y Julian entraron á la sala, y éste, al verla, al contemplar casi frente á frente á la que tantas veces había hecho palpitár su corazón de amor, fijó en ella una mirada ardiente, una de aquellas miradas en que las mugeres, acostumbradas á leer en los ojos los sentimientos del alma, descubren los mas íntimos secretos del corazón.

—Alfonso! exclamó Julian en voz baja, apretándole fuertemente la mano á su compañero. Alfonso! ¡Cuán bella está! ¡Jamás había soñado yo un ángel!

—Cálma, serenidad, amigo, contestó friamente Alfonso, mira, esa sonrisa que vaga por sus labios al verte, esa palpitación de su seno que levanta el velo que lo cubre, son indicios de que á mas que que no le eres indiferente, esta misma noche cesará su empeño de ocultarte que te ama, si tú das un golpe certero, si sabes aprovecharte de las circunstancias.

Una sonrisa de la condesa le indicó á Julian en efecto que lo recibiría con agrado cerca de sí. Este, que no deseaba otra cosa, se dirigió á ella, sin atender á mas, sin pensar en mas que en su amor, embriagado, como dicen que lo están las aves al hálito de cierta serpiente. La hizo una profunda caravana, no sin dejar escapar al inclinarse, un ahogado suspiro, y ella le contestó con una dulce sonrisa, y haciéndole sentar á su lado. Oh! era la suprema felicidad para Julian, como lo es para todos los hombres, estar junto á su querida, esperimentar el suave contacto de su ropaje, contar los latidos de su corazón, sorprenderle de cuando en cuando una mirada, imprimir tal vez un beso ardiente en su mano blanda, como las hojas de una rosa entreabierta.

La armonía de la música había tocado ya la cuerda mas sensible del corazón de las mugeres, la inquietud la agítaba á todas, y había hecho nacer en las jóvenes el deseo de dar mas vida á los trinos de una flauta, acompañándose con los movimientos voluptuosos del baile. Todas giraban ya en la sala, como unas silfides, embriagadas, porque cada pasión tiene su embriaguez particular. Julian enlazado con la condesa, bebía el primer trago de la copa de la felicidad, y otro tanto le sucedía á ella, que con la agitación del placer que esperimentaba su alma, apenas respondía á las palabras apasionadas de su amante.

—Oh! cuán bella eres, querida mía, le decía este, y cuán cruel al mismo tiempo! ¡Porqué, si al tocar mi mano se enciende tu rostro y palpita tu corazón rápidamente, ocultarme por mas tiempo que me amas?

Ella nada respondía; y Alfonso á veces con la sonrisa en los labios, á veces con el ceño en la frente, lo seguía siempre de lejos sin perderlos de vista. El entusiasmo de los jóvenes había llegado á su colmo, todo era agitación, á nada se atendía, porque los acentos de la música y el aspecto de mil hermosuras tenían abertos los sentidos. Aprovechándose Julian de esta circunstancia, casi arrastró á la condesa fuera de la sala, y perdiéndose con ella entre la multitud, salió á uno de los estensos corredores, que á la sazón estaba en parte iluminado por la luz de la luna. Alfonso, que como he dicho, no los perdía de vista, y que comprendió las miras de su amigo, los siguió, y logrando ocultarse á poca distancia de ellos, sorprendió sus secretos. Julian sostenía á María en su brazo junto á un rosal, y después de un momento de silencio, durante el cual la vio tan hermosa:

—María, María, exclamó apretándola fuertemente contra su pecho, ah! perdóname si contra tu voluntad te he arrastrado hasta aqui. Tu silencio atormentaba mi corazón, como nada lo habla atormentado; ¡porqué, si me amas, no endulzas con una sola palabra el acibar de mi vida? María, María, respóndeme, dime que me has amado, dime que me amas, nadie nos escucha; todos ¡insensatos! están ahora embriagados con los vapores que despierte el festin.

María lloraba; mas de pronto por una especie de movimiento convulsivo levantó hacia él sus bellos ojos negros anegados en lágrimas, lo enlazó con su brazo por el cuello y entre abriendo sus labios:

—Si, te he amado, te amo, Julian, exclamó, tú, tú has sido el hombre que ha llenado el vacío que había en mi corazón. Muy feliz he sido, Julian mio; joven, con un corazón de fuego, mi destino paso contra él, otro de hielo que jamas he podido soportar. El conde, ¡ah! yo le amo como se puede amar á un padre; pero no como se ama á un amante: á tí, á tí te adoro, porque tu corazón palpita tanto como el mio, porque tus ojos derraman lágrimas de fuego, porque tus manos arden, y tus palabras conmueven mi alma. Ah! Julian, si el amor puede hacer felices á dos corazones que se comprenden, jamas le volveremos á ver el rostro á la desgracia.

—Ángel de mi amor! ¡cuánto han aligerado el peso de mi vida tus palabras! tú me amas, y con tu amor nada falta ya á mi felicidad. Tú padecías tanto como yo, por eso me amaste, porque las penas son el vínculo que mas unen las almas.

ñar á Julian, la comprendió; habló varias veces apasionadamente de un sentimiento que ella no conocía, de un amor cuyas delicias no había gustado; pero en todas ellas no recibió sino repulsas enérgicas de la condesa que estuvo á punto de prohibirle el que volviese á presentarse en su presencia. Semejantes desprecios fueron una herida mortal para el orgullo de Alfonso, quien juró vengarse de ella. Este, de corazón perverso, en ningún medio se paraba para llevar á cabo sus resoluciones por reprobadas que fuesen, y considerando que la virtud de la condesa no sería un muro inespugnable que se opusiese á las seducciones de cualquiera otro amor, introdujo con arte en sus tertulias á Julian, joven amigo suyo, acudado, de gentil continente y de una espresion tan dulce en sus modales, que seducía á cuantas le miraban. La condesa y Julian se amaron: este le hizo declaraciones apasionadas, aquella vacilante al principio entre el deber y la fuerza que la impelia á llenar el vacío de su corazón, se mostró con él blandamente equívoca; mas no pudiendo soportar por mas tiempo un martirio tan cruel, la noche del festin estrechó á Julian contra su seno, y empapó con sus lágrimas su rostro; y mientras, Alfonso, que había visto nacer y crecer el amor de aquellas dos almas que al fin se comprendieron, sonreía; pero con aquella sonrisa que revela un corazón acosado por los pesares, carcomido por la venganza.

III.

EL CONDE DE PEÑA-ARANDA.

A las seis de la tarde del día siguiente al del baile con que se celebró el cumpleaños de la condesa de Peña-Aranda, esta y el conde su marido, se hallaban sentados en un aposento de la casa, cuyas ventanas daban al puente. La condesa con un vestido blanco de una estrema sencillez, y con su pelo suelto, estaba distraída y algo pálida, y sostenía contra su pecho la cabeza del conde, cuyos blancos cabellos halagaba ella con su mano descendidamente. Ambos estaban con sus ojos fijos en el sol que estaba próximo á desaparecer detras de las montañas. En el rostro del conde estaba pintada aquella dulce melancolía que se apodera de nosotros, cuando somos festivos de las maravillas de la naturaleza, y en el de la condesa una inquietud que aumentaba á medida que el sol descendía mas. Este desapareció al fin, la luz del crepúsculo se derramó sobre la tierra, los celages desplegaron sus alas sobre los cielos, y el conde levantó repentina-

mente su cabeza, fijó sus ojos en el rostro de su esposa, la que no pudo dejar de estremecerse, y con una voz melancólica la dijo mostrándola con su mano el campo y el cielo:

—He aquí, María, la imagen de nuestra vida: esa luz del crepúsculo sin fuerza y sin calor es la mía; y esos celages risueños que vuelan por los cielos, que dan animación al cuadro, porque sin ellos sería triste y sombrío, son la tuya. Tú sostienes mis fuerzas abatidas, tú, María, encantas los últimos momentos de mi existencia; por eso te amo tanto, por eso, cuando reposo en tu seno me parece que soy joven, y que me restan aun muchos días de vida.

La condesa guardó silencio, y por su megilla corrió una lágrima: el conde al verla continuó, y sollozando la dijo:

—Ah! ¿por qué lloras, María? ¿Por qué cubre hoy la tristeza tu rostro, siempre tan alegre, siempre tan risueño? Si falta algo en tu corazón, si deseas algo, ¿por qué no decirselo á tu pobre viejo que jamas te ha negado nada, cuyo mayor placer, si no eres feliz, es creer que lo eres, porque él no ha omitido medio ninguno para proporcionarte la dicha?

—Ah!... exclamó la condesa con una agitación que apenas podía encubrir.

—Prosigue, niña mía, prosigue, la interrumpió el conde; ábreme tu corazón á mi que soy tu padre, tu esposo, y aunque viejo.... tu querido.

—No es nada, señor, no es nada.... querido mío, continuó ella sin atreverse á mirarlo fijamente. Lo que ahora experimenta mi alma, es una de aquellas sensaciones muy comunes en las mugeres, al aspecto de un cuadro como el que estamos contemplando ahora. No sé que tiene la caída del sol, que trae á mi memoria los recuerdos de mi infancia, recuerdos amargos que nunca se presentan á mi alma sin que me hagan derramar lágrimas.

Y al decir esto, sonreía y acariciaba al conde; pero sus manos temblaban, y la sonrisa de sus labios era forzada.

—Pero ¿por qué entregarte á memorias tan crueles, niña mía, si aquellos tiempos pasaron? prosiguió el conde imprimiéndole un beso en la mano: no consumes así tu vida con recuerdos inútiles.

Ambos lloraban en silencio, la condesa apoyada en su mano derecha, y con su cara vuelta al campo, y el conde inclinado sobre la mano izquierda de María, bañándola con sus lágrimas. En esta posición los encontró un criado que anunció al conde la visita de D. Alfonso de Zárate.

—Que pase, contestó el conde, y la condesa fuese entonces de su lado á los aposentos interiores. Alfonso encontró al conde con los ojos llorosos todavía.

—Oh! señor conde, exclamó este al entrar, con el acento de quien tiene alguna confianza con aquel á quien dirige la palabra; V. siempre encerrado, jamas se le ve á V. la cara, fuera de este que puedo llamar propiamente su castillo.

—Oh! amigo, le contestó el conde, á la edad de V., cuando tenía el mismo humor que V. tiene ahora, no se me podía decir otro tanto; pero ya el fuego de mi juventud se apagó, y no me queda mas que el hogar doméstico para recalentar mis miembros.

—Al lado de vuestra bella esposa fidelísima.

—Siempre V. de broma!

—Broma, ó no broma, es cierto lo que digo: jamas se separa V. de ella, siempre á su lado.... ya se ve, ella ama á V. tanto, le es á V. tan fiel, que ingrátitud sería que V. se separase un momento de ella. Pero supongamos, ya V. sabe que yo me muerdo por las hipótesis, supongamos que le fuese á V. infiel.

—Hombre! Eso ya pasa el límite de la intimidad, de la confianza que media entre nosotros.

—Déjese V. ahora de límites, ya V. sabe que las suposiciones no pasan de tales, é infelices de nosotros, si pasaran á veras. Supongamos que le fuese á V. infiel. ¿Qué haría V.?

—Como eso, no solo lo considero remoto, sino imposible; no haría nada.

—Pero, vuelvo á mi tema; yo supongo que así es, y doy por cierta mi suposición. ¿Qué haría V., vuelvo á preguntar?

—Oh! entonces....

—Entonces, celos fundadísimos nacerían en el corazón de V., la arrojaría de su lado, é inexorable, jamas la volvería á ver; jamas volvería á acordarse de ella.

—Tal vez.... pero dejemos esa conversación que V. ha suscitado ahora sin motivo.

—¿Qué quiere V.? fué una suposición!

El conde temblaba, y con los ojos fijos en el suelo, como quien medita en algo, quizá la suposición de Alfonso, con algunas circunstancias anteriores, que ahora se le agolpaban en la mente, había hecho nacer en él alguna sospecha. Alfonso que tenía su cartera en la mano, la dejó caer entonces; y al ruido de esta, el conde levantó los ojos y la vió á la luz de la vela.

—Preciosa cartera! dijo él tomándola en sus manos.

—A vuestra disposición está, contestó Alfonso. Abrala V., hojeela para que mas conozca su mérito.

—No llega á tanto mi libertad, que contendrá los secretos de ese corazón.

—No soy tan ligero, para fiar mis secretos á un secretario, que si hoy está conmigo, cualquiera circunstancia hará tal vez que mañana caiga en manos de otro. Puede V. verla.

—La abrió el conde y comenzó á hojearla; mas á la mitad se paró: la curiosidad le había hecho fijar la vista en unos renglones escritos que allí había: leyó los nombres de María y de Julian, nombres que le eran demasiado conocidos; su misma curiosidad le llevó mas adelante, y leyó lo siguiente:

—A las ocho de la noche, María....

—Sí, Julian, á esa hora por la reja del jardín; yo bajaré la llave.

Soltó de sus manos la cartera; y viéndole Alfonso trémulo y con los ojos desencajados.

—¿Qué sucede? exclamó, como si todo lo ignorara.

—Leed, le contestó el conde presentándole la cartera.

Maldita indiscreción! volvió á exclamar Alfonso, dándose una palmada en la frente; yo no sabía que esta cartera encerraba semejante secreto.

—V. me engaña, repuso furioso el conde; V. me quita la vida, ultraja, calumnia la honra de mi Maria. Que venga, que venga ella misma á sincerarse, á confundir en su presencia á V., infame calumniador. María! María! gritó dirigiéndose á la puerta.

—Conténgase V., exclamó Alfonso deteniéndole; ya que el acaso os ha descubierto una verdad....

—No, infame calumniador, que venga mi esposa á confundirme.

—Señor conde, deténgase V., y esta misma noche tendrá V. por sus propios ojos un desengaño terrible. La cita es para las ocho de esta noche; V. mismo los verá juntos, y despues me hará justicia, se arrepentirá de haberme llamado calumniador.

El conde se detuvo: el deseo de satisfacerse por sus propios ojos de lo que se le había casi jurado que era cierto, ahogó el de que su esposa se sincerara allí mismo; los celos devoraban ya su corazón de viejo. Ambos permanecieron en silencio, hasta que poco antes de las ocho se dirigieron al jardín sin ser vistos de nadie. Mas antes de salir dijo el conde á sus criados:—Decid á la condesa que he salido á un

negocio importante de tal urgencia, que me ha sido imposible estar antes con ella.

IV.

UN DESENGAÑO.

Los ocho sonaron en el reloj del monasterio de San Fernando, muy inmediato á la casa del conde de Peña-Aranda; las campanas comenzaban á dejar oír la fúnebre plegaria de ánimas, y hacia poco que la luna llena se había levantado por el oriente. Tranquila estaba la noche, y apenas susurraba el viento meciendo las copas de los árboles y doblando el tallo de las flores dormidas del jardín estenso y precioso, lugar de recreo de los condes de Peña-Aranda. Poco antes lo habían atravesado en silencio dos hombres que entraron á una de las grutas artificiales, construída muy cerca de una reja que daba al campo; mas ahora estaba solo, y ningún ser humano se veía en él. Muy luego, á la luz de la luna, se vió moverse entre los árboles una figura blanca que rápidamente se dirigía á la reja, y que al acercarse á esta, se reconoció en ella á una muger, á María, que con su vestido blanco y su pelo suelto iba á encontrar á su amante. Se acercó ella á la reja, y con voz bastante perceptible dijo:—Julian!

Y de fuera le contestaron:

—María!

—Estás ahí, bien mío?

—Ahí sí, y mi corazón aguardaba impaciente tu venida.

Aquí está la llave, abríre.

—Y el conde?

—Salió contra su costumbre.

María abrió, y Julian la recibió en sus brazos. Al ruido de la llave el conde salió de su escondite, y dirigiéndose á ellos en el momento en que estaban exaltados uno en los brazos del otro:

—Señora! esclamó con voz grave poniéndole la mano en el hombro á la condesa.

Al acento terrible del conde, Julian se desprendió de los brazos de su querida, y ganando la puerta se escapó sin que jamás se le volviera á ver; y María pálida, y sin poder comprender lo que aquello era, cayó desmayada en el suelo. El conde la levantó furioso, y cuando ella volvió en sí, oyó que le decía:

—Este es, señora, el premio que habeis dado al que os sacó de la miseria para elevaros á una altura en que jamás habiais soñado; al que contrariando las preocupaciones y oponiéndose al orgullo de sus deudos os dió el nombre de esposa, al que os entregó sus rique-

zas y os amaba, como á su vida misma. Ah! vosotras las mugeres sois gusanos que cuando os veis en la altura, buscáis siempre el lodo en que os arrastrabais. Insensato! creí haber encontrado un ángel que amante me condujera al sepulcro, y encontré una serpiente que me carcomiera las entrañas antes de tiempo. Id, prostituida, id con vuestro seductor, que sus caricias sean el veneno que acabe con vuestra vida. Ya nada sois mío, en nada me pertenezco; el conde de Peña-Aranda, jamás ha sido el esposo de una prostituta.

Y al decir esto la puso fuera de la reja del jardín que daba al campo. María lloraba, el conde en su furor ni un solo suspiro había lanzado de su pecho, y Alfonso que había salido ya tambien con el objeto de saborear su venganza, se acercó á ella, y descubriéndose la dijo:

—Me conocéis? soy Alfonso, aquel á quien un tiempo despreciasteis, sin saber que su orgullo jamás dejaba un desprecio sin venganza. Soy Alfonso; el que ha conducido aquí á vuestro marido para que fuese testigo de la felicidad que disfrutabais en los brazos de Julian.

El conde cerró la reja dejando á María fuera de ella, y atravesando con Alfonso rápidamente el jardín, volvió á su habitación.

V.

CONCLUSION.

Algun tiempo despues, el conde de Peña-Aranda pasaba en su coche por una de las calles mas concurridas de México, y viendo que hacia él se dirigía una muger pálida y estenuada y cubierta de andrajos, en la que reconoció á María, dió orden al cochero para que condujera rápidamente el coche. María al ver esto se volvió anegada en lágrimas, y á su vuelta encontró á Julian:

—Julian mío, esclamó ella, dirigiéndose á él, te vuelvo á ver al fin.

—¿Quién sois vos, le preguntó Julian?

—María, tu querida María.

—Yo no os conozco, no os he visto jamás: idos en paz y no me importuneis: si quereis hermosa, pedidla de otro modo.

Y le arrojó en el suelo un cuarto. Era el estremo de la infelicidad á que el destino podia haber arrastrado á aquella muger. Sentada en el suelo, ya sin fuerzas para soportar tanto, no lloraba, sino que frenética mordía sus manos y casi renegaba de la Providencia, cuando sintió que le tocaban el hombro. Alzó el rostro, y vió á Alfonso, y oyó que le decía:

—Me conocéis? yo soy Alfonso, el amante des-

preciado, y el que te ha conducido con placer á la situación en que te encuentras.

—Ojalá y mis palabras fueran de muerte, hombre maldito, esclamó ella cubriéndose el rostro.

Pobre muger! á que estado la arrastró su destino, aquel mismo destino que puso en su

corazon la necesidad de amar, como se ama en la juventud! ¿Cómo secaron las esperanzas de su corazon el desvio de un marido, el desprecio de un amante querido y el placer de la venganza de otro á quien odió su corazon! ¡Pobre muger, juguete de la suerte! Pobre muger! R. I. ALCARAZ.

A TEXCOCO. (1)

Orillas de la laguna

Texcoco altiva se mece,
Y en las aguas resplandece
Como en los aires la luna.

Murmuran al pie del muro
Las mausas ondas pasando,
Con blanca espuma argentando,
De roca el cimientó duro.

Y en el fondo trasparente
Pinta el reflejo sereno,
Un cielo de encantos lleno
Que no empaña la corriente.

Y que en su apacible azul,
Entre celajes de plata,
Las verdes ramas retrata
Del sauco y del abedul;

Y las primorosas flores
Que en las chinampas se ostentan
Y el aura suave alimentan
Con balsámicos olores.
Con blandos fulgores brilla
El sol de la primavera

Dando vida á la pradera
Y á las flores de la orilla;
Y disipando la sombra
Que el crudo invierno tendió,
Donde el hielo marchitó
De verde grama la alfombra.

Está la ciudad tranquila,
Y ufana se alza y contenta,
Que es jóven y aun no lamenta
La adversidad que aniquila.

Premio siempre á su valor
Triunfos y glorias han sido,
Del enemigo vencido
El despojo y esplendor.

Por eso do quítor se escucha
El canto de sus guerreros,
Y ostenta gala y plumeros
Botín por que ardiente lucha.

Todo es bulla y confusion,
Entusiasmo y alegría,
Que aun no se aproxima el día
De luto y desolacion.

Que aun no asoma ni el amago
De la dura esclavitud
Ni aun teme la senectud
La hermosa virgen del lago.
Gira en tanto poco á poco
La rueda de la fortuna,
Tras sí arrastrando una á una
Las venturas de Texcoco.

Pobre rosa deshojada
Lozana y fragante un día,
Triste flor abandonada,
Perseguida y azotada
Por la tormenta bravía.

Pobre niña, hoy sin amor
Y en otro tiempo adorada,
Triste virgen sin dolor
Sola, entregada al furor
De turba desenfrenada.

Triste ciudad olvidada
Fuerte un día y floreciente,
De principes acatada,
De naciones respetada,
Bella, rica, independiente.
¿Que se hicieron tu opulencia,
Tus palacios, y tus reyes
Tu antigua gloria y tu ciencia,

[1] Insertamos esta poesia á Texcoco que bajo el anonimo se nos ha remitido, porque al leerla encontramos en ella cosas muy bellas que revelan en su autor un verdadero talento poético. Tiene es cierto algunos defectos; pero como hemos sabido que este es uno de sus primeros ensayos, nos parecen disculpables. No deje su autor de pulsar su lira, y con el tiempo sus acentos serán dulces, muy dulces. R. R.

Tu ardiente celo ó demencia
Por tus dioses y tus leyes?
Que se hicieren tus banderas
Tus carcacas tus legiones
Indómitas y guerreras
Que á las huestes extranjeras
Dioran triunfo en cien acciones?

Todo, Texcoco, paso,
Capricho fué del destino,
La tormenta reventó
Y á tus ojos ocultó
De la ventura el camino.

Hoy, si las nobles colinas
Visita acaso el viajero,
Ve las negras golondrinas,
Volar entre las ruinas
De algun idolo grosero.

Tal vez fija su atencion
Algun abuehuell erguido,
Y oprimido el corazon
En triste meditacion
Cae á su sombra dormido.

Arbol viejo y misterioso,
De los siglos respetado,
Que testigo silencioso
Fué del tiempo venturoso
Como de este, desgraciado.

Acaso en su sueño inquieto,
De algun sepulcro ruinoso
Ve salir un esqueleto
Que le dice „Ten respeto
De los heroes al reposo”

Y en lugar del anatema
Que en su frente vió primero,
Ve lucir una diadema
Y á su calce oscuro emblema
Que esplica lo venidero.

Ya no existe una laguna
Do Texcoco hoy aparece,
Do humillada desfallece
Despojo de la fortuna.

Ya al pie del muro pasando
La onda mansa no murmura
Ni del sol la lumbre pura
Va sus cristales dorando.

Ni en su seno se refleja
Bello, un firmamento azul,
Ni el plateado abedul
Su sombra en la tierra deja.

Ya no hay chinampas ni flores
Que el suave ambiente alimenten
Y en lecho de junco ostenten
El lujo desus señores.

Brilla el sol, mas sin colores,
Sin ser ya lo que antes era,

Sin dar vida á la pradera
Cm sus vivos resplandores.
Sin romper la densa sombra
Que el crudo invierno tendió
Cuando al soplar marchitó,
De primavera la alfombra.
Está la ciudad tranquila,
Mas débil y macilenta,
Como viuda que lamenta
La edad que todo aniquila.

De invencible el alto honor
En otro tiempo adquirido,
Yace hoy postrado y vencido
Sin ánimo y sin vigor.

Por eso ya no se escucha
El himno de sus guerreros,
Ni ostenta gala y plumeros
Ganados en cruenta lucha.

Todo es silencio, inaccion,
La paz de la tumba fria,
Que el sol ya lució del dia
De ruina y desolacion.

Lanzó su gemido vago
Nefanda la esclavitud,
Murió en gracia y juventud
La antigua reina del lago.

Gira empero poco á poco
La rueda de la fortuna
Tras si llevando una á una
Las desdichas de Texcoco.

F. P. C.

UN CRISTE A TIEMPO.

Desessart, compañero del célebre cómico frances Dugazon, era un hombre sumamente gordo. Un día lo llevó Dugazon á casa de un ministro, y al presentarlo dijo á este: “Señor, la compañía cómica francesa acaba de recibir la noticia de la muerte del elefante del rey, y os suplica concedais esta plaza á Desessart, en recompensa de sus servicios.” Desessart, furioso desafió á Dugazon. Este admitió; al llegar al sitio designado para el duelo, dijo á Desessart: “A la verdad, el partido es ventajoso para mí; tú presentas una superficie décupla de la mia; y así voy á pintar en tu vientre con albayalde un blanco, y todos los tiros que den fuera del blanco no se me cuentan.” Esta agudeza fue suficiente para cortar el duelo.

La envidia ya siempre tras el mérito, como la sombra tras el que camina hacia donde está el sol.

Sicco-Mexicano.



Niccolò Paganini

PAGANINI.

La música es lo lenguaje de las pasiones.

J. J. Rousseau.

TENIENDO en nuestro poder un magnífico retrato y tres de las mejores biografías del inmortal violinista Paganini, no nos podíamos resolver á colocar en las columnas del *Liceo* la historia de un hombre que parece hasta fabuloso, ó por lo ménos muy exagerado lo que de él refieren sus biógrafos; pero Mr. Enrique Vieux-Temps ha venido á quitarnos el temor de no ser creídos los prodigios que Paganini, según vamos á referir, ejecutaba en el violín, en este instrumento que se puede llamar perfecto, pues háce trescientos años recibió la última mejora, y de entonces acá nadie se ha atrevido á hacerle una reforma sustancial.

El Señor Vieux-Temps se presentó al público las noches del 22 y 24 del mes pasado; y este rival de Paganini ha causado en los mexicanos las sensaciones mas terribles. Decir que Vieux-Temps es un músico es hacerle una grande injuria; *El Señor Vieux-Temps es un gran poeta.* Este hombre admirable ha arrancado suspiros y aun lágrimas á muchos que han presenciado con serenidad el delirio de *Lucia*, y la agonía de su infortunado amante. En el gran *Tremola*, soberbio concierto de Beriot, produjo el violinista belga en nuestras almas una especie de terror sublime; el ingenio de Vieux-Temps brilla en todo su esplendor en esta composición. Cuando se presentó á repetirla, (lo que hizo las dos noches, á causa de los inmensos aplausos y las instancias de un público que jamas hemos visto mas entusiasmado) cuando vimos al inmortal jóven tomar su mágico arco con los tres dedos, pulgar, indice y medio, herir velozmente, y con una vibracion semejante á la de las alas del chuparrosa, dos, tres y aun las cuatro cuerdas del violín al mismo tiempo, nuestros corazones latian de placer, de entusiasmo, de pavor; en fin, querer espresar lo que sentimos en aquellos felices momentos, seria el mayor de los absurdos. En el *Carnaval de Venecia*, composición de Paganini, la ejecución de Vieux-Temps es admirable: el *pizzicato* con la mano izquierda es lo mas diestro que hemos visto en este género; lo que agradó mucho en lo general, fué la imitación exacta de la voz de un

muchacho y de la de una vieja: una risa general involuntaria fué la mejor aprobacion del público. Sin embargo, lo que mas nos asombró en ésta pieza fué la produccion de un concierto de dos violines simultaneamente, ejecutado en uno solo. A pesar de haber estado demasiado cerca de Vieux-Temps las dos noches citadas no podemos dar una explicacion satisfactoria de éste fenómeno músico; no obstante, dirémos que nos parece haber observado que el dedo meñique de la mano izquierda, por medio del *pizzicato*, en la prima daba la voz, y el arco, haciendo la segunda y tercera cuerda, formaba el violín de acompañamiento.

Por último, lo que mas nos admiró en este gran violinista fué la destreza en el difícilísimo manejo del arco. En el *tremola* lo movia con tal celeridad que dudabamos si las semi-fusas que ejecutó eran estas notas, que son las últimas que reconoce la música, ó otras desconocidas, aun mas breves. Para los aflautados Vieux-Temps saca el mas ventajoso partido de aquel principio, que cuanto mas se acerca el arco al puente del violín es mas fuerte la voz, y mas suave cuanto mas se aleja.

Con el mas vivo placer participamos á los mexicanos que al despedirse Vieux-Temps, el 25 del pasado á las cuatro de la mañana, de uno de sus amigos, le dijo: *dentro de ocho ó diez meses estoy en México.* A este apreciable jóven le ha producido el viaje (de 15 dias) á esta república mas de tres mil pesos. Basta de Vieux-Temps.

Nicolas Paganini, el héroe, ó como otros han dicho, el dios del violín, nació en Génova, el mes de febrero de 1781. La providencia no quiso perder tan precioso diamante y lo confió á un hábil artista para que lo bruñese, y lo hiciera brillar en todo el mundo. Antonio Paganini, padre de Nicolas, era el hombre mas apropiado para desarrollar el grande ingenio músico que poseía este niño. Antonio por sus ocupaciones no habia podido adquirir una grande habilidad en el violín; pero su pasión hacia este instrumento y el conocimiento de las dificultades en su ejecución, hicieron que pusiera un esmero escrupuloso para sacar un gran violi-

nista á su hijo. Un tiránico rigor, hasta el extremo de imponer crueles ayunos que debilitaron la salud del niño, logró hacer concebir á todos los parientes de Nicolás las más lisonjeras esperanzas de que sería un regular músico. Su madre Teresa tuvo un sueño en que le pareció que un ángel le revelaba que su hijo sería un gran violinista. A la edad de ocho años poseía el violín lo mismo que su padre, á pesar de que este había tenido muchos años de estudio; y en tan tierna edad compuso una sonata tan complicada, y llena de tales dificultades, que nadie pudo tocarla. Nueve años tenía cuando se presentó por primera vez en el teatro, en el beneficio del célebre soprano Marchesi, y ejecutó unas variaciones suyas sobre la canción republicana francesa, la *Carmagnola*.

Como la ambición de Antonio Paganini por formar á su hijo un gran músico era estrema, y veía que ya nada tenía que enseñarle, lo presentó á Costa, primer violín de Génova; y recibió de este hábil profesor treinta lecciones en seis meses. El infatigable Antonio lo llevó después á Parma á Veralli á Rolla para que lo perfeccionase. Rolla se hallaba enfermo, y su muger hizo esperar á nuestros dos genoveses, que iban á visitar á su marido, en la pieza inmediata á la en que él estaba. En una mesa había un violín y un concierto que acababa de componer Rolla; el travieso niño tomó aquel instrumento y se puso á tocar á primera vista la difícil composición. Rolla preguntó que quien tocaba su concierto, y cuando se le dijo que era un niño de ménos de diez años, que deseaba recibir sus lecciones, contestó: „Nada tengo que enseñarle;” y á su padre dijo que lo podía llevar á Paer. Habiéndoselo presentado á este gran músico, lo recomendó á su viejo maestro Girelli. Este hábil compositor dio á Nicolás lecciones de contrapunto, y sus adelantamientos fueron tales que compuso veinticuatro fugas á cuatro manos; después lo tomó el mismo Paer bajo su dirección, y á los cuatro meses le pidió un duo; cual fué la sorpresa de Paer cuando Paganini le entregó una brillante composición! Paganini era ya un gran compositor.

Nicolas Paganini tenía catorce años, conocía que su violín sería para él una mina inagotable, y además el rigor paterno ya le era insufrible, por lo mismo se emancipa de su familia y va á recorrer el mundo, ávido de gloria y de placeres, único alimento digno de su alma.

Ufano se presenta en las principales ciudades de Europa, como una grande habilidad en el violín. La Alemania aplaudia con furor á

cuatro violinistas Rode, Kreutzer, Baillet y Spohr, que se creía habían alcanzado la mayor perfección posible en la ejecución del violín. Tan poderosos rivales no intimidaron á Paganini; y al cabo de pocos años todos los periódicos italianos, franceses, ingleses y alemanes estaban llenos de elogios al inmortal genoves, proclamándole el primer violín del mundo.

Las ciudades principales de Europa se disputaban la gloria de tener por algunos meses ó días al hombre que llamaba la atención de todo el mundo: se le hacían de todas partes contratas en que se atravesaban gruesas sumas de dinero, por tener el placer de oír su mágico instrumento algunas noches. Paganini podía haberse hecho millonario en pocos años; pero los gojes de su inmenso corazón le costaban muy caro. La transición repentina de la cruel sujeción de su padre á la ostrea libertad, ocasionó en él la prostitución mas desenfrenada. Juego, mugeres, vino, todo en exceso, causaron en Paganini un desarreglo de costumbres escandaloso, debilitando extraordinariamente su constitución, tan enfermiza por el austero tratamiento que había recibido en la casa paterna.

Este desarreglo de costumbres acaso fué lo que dió lugar á mil anécdotas extravagantes acerca de Paganini. Ya se decía que había estado encerrado muchos meses en la inquisición; ya que había vivido mucho tiempo entre salteadores; y hasta se llegó á decir que había asesinado á su muger, y que estando en la prisión por este delito, el cruel carcelero le había quitado las tres primeras cuerdas de su violín, y que entonces aprendió á tocar admirablemente en sola la cuarta. El tuvo la paciencia de desvanecer tales rumores publicando en los periódicos certificados de las autoridades de policía de casi todos los lugares por donde había viajado. Preguntándosele cierta vez sobre la certidumbre del asesinato de su muger, contestó: *Per Baccho!* los que esto dicen ignoran que jamas he sido casado? Y otra vez refiriéndole las varias anécdotas que le atribuían, dijo: „acaso estan confundiendo la historia de mi vida con la novelesca del violinista poco Daronowsky.“

El año de 1812 Paganini se hallaba en la corte de Luca, á la sazón que reinaba la amante Elisa Bacciochi, princesa de Luca y Piombino, hermana de Napoleón. El grande violinista presidía la orquesta en la ópera cuando asistía la familia real, y cada quince días tocaba en la cámara de la princesa. Terriblemente enamorado de una dama de la corte, que era muy apasionada por la música, y que por lo

mismo no la desagradaba la pasión del célebre artista, hasta que por fin consiguió ser amado de ella, Paganini debió á esta relación amorosa una de sus más felices invenciones. „Nuestras relaciones, escribía él cierta vez á Scholzer, hacían cada día mas progresos, y como exigían el mayor secreto, esto las hacía mas deliciosas. Un día le prometí sorprenderla en el concierto siguiente con un jugueteillo músico alusivo á nuestra situación. Al mismo tiempo anuncié á la corte una novedad cómica, una escena de amor. General curiosidad existió, cuando me presenté, mi violín con solas dos cuerdas, la prima y la cuarta. La prima debía hacer el papel de la voz de la muger, la cuarta la del hombre. Las dos cuerdas á su vez debían suspirar, gemir, reír, é imitar una loca alegría; todo para representar un diálogo en que dos amantes se enojan y después se reconcilian. La reconciliación debía terminar con una *coda brillante*. El juguete agradó. La persona en honor de quien lo había yo compuesto, me recompensó con una divina sonrisa, y la princesa Elisa me dijo: „Pues habeis ejecutado tantos prodigios en dos cuerdas, ¿no podreis haceros escuchar alguna maravilla en una sola?” Se lo prometí, y el día de la fiesta de San Napoleón ejecuté en la prima una canción que compuse é intitulé: *La Napoleon*. Tuvo un brillante éxito; á tal punto, que una canción de Cimarosa, ejecutada esa misma noche, solo consiguió débiles aplausos al lado de la mia. He aquí como conseguí tocar en una sola cuerda.“

La pasión de Paganini á viajar, hacia de su vida errante un manantial de placeres, recorriendo por todas partes laureles que el entusiasmo mas exaltado le prodigaba. Los nobles lo sentaban á la cabeza de espléndidos banquetes, los reyes y las sociedades mas distinguidas lo condecoraban con las cruces mas gloriosas; y el pueblo, como único tributo que podía dar á su mérito, lo aplaudia con furor en el teatro.

Un escritor alemán dice: „Paganini se presenta en la escena; se ve á un hombre extraordinariamente flaco, con su rostro de mómia á causa de una enfermedad continua de estómago, y de la falta de todos los dientes de la mandíbula inferior, su cabeza cubierta de pelo sumamente largo y enmarañado. Esta ridícula fantasma coloca en el lado izquierdo de su cuello un hermoso violín, y con suavidad comienza á herir las cuerdas con su arco. Aquel hombre, que había parecido un estúpido, se pone á sudar, los cabellos se le erizan, se transporta á un mundo ideal, y las mas extrañas contorsiones

en todo su cuerpo, dan á conocer la enagenación de su alma: en fin, no es un hombre, es un espíritu diabólico, evocado de los infiernos por algún mago. En sus composiciones es principalmente en donde se admira todo el fuego de su ingenio; y el espectador no puede ménos que acompañarlo en sus lágrimas por los recuerdos de su degradada infancia, y en los suspiros por los placeres de su desarreglada juventud; todo admirablemente espesado con su celestial instrumento.“

Paganini había causado en el mundo músico una revolución extraordinaria, pues nadie podía imaginar la causa de la ejecución sobre-natural de este violinista; y se formaban mil hipótesis para la explicación de tan extraños fenómenos. Aumentaba la curiosidad general el haber dicho una vez Paganini, que él poseía un secreto con el cual podía formar de cualquier discípulo con tres años de asiduo estudio un violinista igual á él. Se puso el mayor esmero para descubrir este secreto; pero todo fué infructuoso. Lo único que se observó después de haber examinado detenidamente el violín de Paganini, fué que este instrumento estaba templado en medio tono, y algunas veces un tono entero mas alto que los demas violines de orquesta; y se infirió que acaso Paganini había descubierto un modo de templar que producía una combinación capaz de disminuir la dificultad de la ejecución de la mano izquierda.

La vida de Paganini continuó en el desarreglo de costumbres que hemos dicho, hasta el año de 1823, en que la hizo variar una circunstancia de interés. A principios de este año emprendió un viaje artístico en compañía de la célebre cantatriz Antonia B...; y tuvo de ella un hijo, que fué bautizado con los nombres de Aquiles-Ciro-Alejandro. Cinco años después la madre abandonó al hijo, que fué siempre el ídolo de Paganini, que jamas lo separaba de su lado.

Paganini oyó la voz de la naturaleza que le decía que ya solamente debía pensar en su hijo. La prodigalidad se cambió en la mas austera avaricia; llegando á tal extremo esta pasión en Paganini, que se hizo proverbial. Una de las muchas anécdotas que se refieren acerca de la estrema economía de este varón, es la siguiente. Certa vez caminaba Paganini con varios amigos: llegaron á la posta en que se hallaba la fonda en que debían comer; todos los pasajeros bajaron de la diligencia para ir á la mesa redonda, y viendo que Paganini no lo hacía, lo invitaron á comer; mas él dijo que siempre traía consigo el sustento: habiéndose reti-

rado todos, se quedó uno oculto. ¿Cuál fué su asombro al ver al acudalado Paganini sacar de su faltriquera, y comer, á manera de buen espartano, un gran pedazo de pan y una buena ración de queso roscón! La Rochefoucauld lo ha dicho: „solo es de los hombres grandes el tener grandes defectos.”

Sin embargo, merece disculpa este amante padre, que no trabajaba, no pensaba, no vivía sino por un hijo que amaba, como él decía, tanto como á Dios.

El mes de mayo de 1840, Paganini se hallaba gravemente enfermo, y pidió un confesor. Se le presentó un clérigo, al que le dijo por medio de una pizarra en que escribía, pues ha-

bia perdido el habla, que solamente se confesaría con una condición de que había de poner su confesión en la pizarra, y borrarla después de recibir la absolución, pues no quería que fuera á dar á manos de algun librero que quisiese imprimirla; pero el clérigo no admitió, si no la escribía con tinta, y le negó la absolución. Murió, pues, sin confesión, el 28 de mayo de 1840, á los cincuenta y seis años, tres meses de su edad. Su inmenso capital lo dejó en su mayor parte á su hijo; pues destinó una buena cantidad de él para sus dos hermanas, y para la madre de su hijo.

Marzo 1.º de 1844.

F. DIEZ DE BONILLA.

CONSIDERACIONES

SOBRE

LA NECESIDAD DE FORMAR LA TOPOGRAFIA MÉDICA DE MÉZICO.

Lo bastante fundamento habia dicho Hipócrates que la ciencia era muy basta y muy corta la vida para poder adquirirla. Los largos y profundísimos trabajos emprendidos en muchos siglos por hombres verdaderamente célebres, no han podido hoy colocar con firmeza los cimientos de la ciencia mas importante para la humanidad: unos se resentían de los errores propios de la época en que fueron concebidos; otros de la dificultad invencible de la observación, cuando faltan los medios para ejercerla, y casi todos han sufrido las consecuencias funestas de los brillantes extravíos de la imaginación. Ciegos partidarios de los sistemas que en distintas épocas han reinado en medicina, los médicos han abandonado el camino seguro, aunque espinoso de la observación, para precipitarse en un laberinto de conjeturas.

No me ocuparé en formar la historia del origen, incremento y declinación de cada sistema, ni la crítica del fundamento que cada uno haya tenido para creerse el mejor: tampoco me empeñaré en desconocer los beneficios que han hecho á la ciencia sus gefes inmortales; ni mucho menos en adoptar ni desechár todas las bases sobre que han trabajado. Persuadido de que ellos han puesto en claro verdades impor-

tantas de observación, que ni la mano destructora del tiempo podrá borrar, respeto á sus autores y me valdré de sus doctrinas en la principal de las consideraciones que creo se deben tener, á saber: el estudio del hombre en relación con todo lo que le rodea.

Privilegiado éste entre todos los seres de la naturaleza por el autor supremo de las sociedades, tiene á la vez una existencia dependiente de todos ellos: el aire, la luz, el agua, las plantas, los animales, y en una palabra, todo lo que sirve para conservarlo, puede servir para enfermarlo ó para destruirlo." Seria necesario, dice un célebre escritor, una absoluta uniformidad en todo lo que mantiene la existencia para que los hombres fueran iguales, y su muerte solo resultaría del envejecimiento de sus órganos." Pero ¿de que diverso modo es la realidad de las cosas! En las distintas porciones de tierra que habita en la superficie del globo, resiente de diverso modo la acción poderosa del sol, ya luchando con los excesivos calores de las regiones ecuatoriales, ya sufriendo los frios helados del polo, que apenas pueden mitigar un tanto los tibios rayos de un sol moribundo.

Mas prescindiendo de esta influencia bajo mil aspectos interesante ¿cuanto no varia cada

país por la concurrencia de circunstancias ajenas á sus respectivas localidades? Todos ó la mayor parte se diferencian por la altura, por la calidad de los vientos reinantes, por las elevaciones que los circundan, por la influencia de ciertas montañas y de algunos volcanes colocados en su proximidad, por la existencia de bosques y la calidad de los árboles que producen, por la calidad de los alimentos indígenas y la alteración que sufren los exóticos, por la policía y mil otras circunstancias que sería largo enumerar. Las desigualdades de la superficie de la tierra, tan necesarias en la figura del globo, hacen que en diversos lugares haya diversidad de elementos. „Estas, que como „dice Buffon, pudieran considerarse como imperfección en la figura del globo, son á un tiempo disposición favorable, y también preciosa, para conservar la vegetación y la vida en el globo terrestre. Para cerciorarse de esto, „basta detenerse un instante á imaginar lo que seria la tierra si fuera igual y regular su superficie, pues se verá que en lugar de colinas „agradables de donde salen aguas puras, que „mantienen el verdor de la tierra, y en vez de „campiñas ricas y floridas, en que las plantas y „los animales encuentran facilmente su nutrimento, el globo entero estuviera cubierto de „un triste mar, y la tierra unicamente conservaría de todos sus atributos el ser un planeta „opaco, abandonado, y destinado, cuando muero, á ser habitación de peces.”

De esta concurrencia de circunstancias locales, depende muy probablemente la variedad de la raza humana, la de los animales de toda especie y la de la vegetación. En efecto, sobre cualesquiera de los tres reinos de la naturaleza que se eche una mirada, se observarán enormes diferencias en los distintos climas. Si la especie humana es ó no de esta ó de la otra manera en lo físico y en lo moral, porque la naturaleza haya creado ciertas razas, que transmitan á todo su linaje sus caracteres originarios, ó si estos caracteres se han perpetuado por algunos años por la falta de comunicación de unos pueblos con otros, no es asunto de que quiero ocuparme. Me basta saber que los climas modifican profundamente al individuo, y que la permanencia de este en cualquiera país por mucho tiempo, lo varia, al grado de no distinguirse del resto de la población. Las plantas de un clima no se producen indistintamente en cualquiera punto que se las coloque, y cuando la codiciosa mano del hombre á fuerza de empeños ha logrado hacerlas hechar raíces en tierra extraña, siempre degeneran. Lo mismo se verifica con los hombres; transportados

violentamente de su país natal á un extranjero, se resentien del agua que beben, del aire que respiran, etc, etc, y contraen por esta causa penosas enfermedades.

Independientemente de los agentes naturales indicados, hay otro orden de causas, que modifican al hombre y alternan con mas ó menos fuerza su organización. Quiero hablar de los que trae consigo el establecimiento de la sociedad. Haciendo entrar en ella una renuncia parcial de la naturaleza de hombres, nos hacemos victimas de mil preocupaciones y caprichos, opuestos las mas veces á las inclinaciones y á los deseos naturales. „Su individuo „es el todo para el hombre de la naturaleza, „es la unidad numeraria, el entero absoluto „que solo consigo mismo tiene relación, mientras que el hombre de la ciudad es la unidad „fraccionaria que determina el denominador, „y cuyo valor espresa su relación con el entero que es el cuerpo social. Las instituciones „sociales buenas son las que mejor saben ordenar la naturaleza del hombre, privarle de su „existencia absoluta, dándole una relativa, y „trasladando el yo, la personalidad, á la unidad comun, por manera que ya cada particular no se crea uno, sino parte de la unidad, „solamente en el todo sea sensible." Estas palabras escritas con tanta profundidad por el inmortal filósofo de Ginebra, prueban mejor que lo que pudiera yo hacerlo, la infinidad de causas, que existen en el orden social, para alterar la naturaleza del hombre.

Pues no basta la division establecida entre el hombre de la naturaleza y el de la sociedad. Entre un pueblo civilizado al mayor grado, y el salvaje, hay tantos medios tan diversos, y que influyen tan poderosamente en la organización física y moral de los individuos, que causa admiración como se les confunde. La educación, la moral, las necesidades, las preocupaciones y la policía, son cosas íntimamente ligadas á los gobiernos, y que modifican el organismo; y como no fomentan todas de un mismo modo, no son iguales en todos los pueblos de la tierra. Se forman ademas en las sociedades ciertos hábitos por mil causas ya conocidas, ya incógnitas, que constituyen una nueva naturaleza.

Los alimentos y las bebidas de que se hace uso, ¿cuanto no varían en todos los pueblos! Unas veces por la necesidad de no poderse proporcionar ciertos artículos, otras por la ingratitude del terreno, y no pocas por gustos especiales, se sujetan los hombres al uso de ciertas substancias, inventan cierta clase de condimentos; y como las legumbres y aun las car-

nes no son de un mismo gusto en todas partes, tampoco se les prepara de un mismo modo. Todos los pueblos tienen sus bebidas excitantes particulares, de que casi siempre abusan; bebidas que generalmente se componen de sustancias muy activas, que ocasionan alteraciones muy fuertes en el cuerpo: el té, el café, el pulque, el vino, la cerveza, el aguardiente y otras mil, son casi necesarias á algunos. Con suma dificultad los que están acostumbrados á tales bebidas, las varían por otras, á que no lo están, y ántes de habituarse á ellas, se sienten con indigestiones, diarreas y otros muchos accidentes, hasta llegar al caso de que para sanar tienen que volver á su país natal.

Me difundiría demasiado si quisiera enumerar todas y cada una de las causas, que ya en el orden natural, ya en el social, pueden producir, y de hecho producen, cambios profundos en el hombre físico y moral. He indicado muy de paso las que tienen una acción mas decidida, no tanto para demostrar su influencia, cuanto para hacer ver la necesidad en que está cada país de formar su medicina. Obligados quizá por el respeto que infunde el saber, hemos seguido hasta aquí ciegamente los preceptos, que con relacion á la medicina nos han dictado dos ó tres naciones de nombrada, sin advertir que si sus doctrinas son inmejorables en las naciones en que se escriben, en México sufren mil cambios. Si los habitantes de todos los pueblos no son iguales en tamaño, en color, en fuerza, en proporciones, etc., etc., ¿podrá ser aplicable la anatomía de uno de ellos á todos los hombres? ¿podrá decirse, por ejemplo, que una pelvis bien conformada debe tener tales dimensiones en todas partes, y que la carezca de ella por exceso, ó por defecto, es imperfecta para el parto? Por haber adoptado este error, cuando hemos encontrado alguna diferencia entre lo que nos dicen los libros y lo que vemos en el cadáver, hemos echado mano de la palabra anomalía, culpando á la naturaleza de lo que tal vez solo es efecto de nuestra ignorancia.

Respecto á la fisiología, las variaciones son mas notables. En casi todas las funciones hay diferencias, que aunque imperceptibles, algunas ocasiones, no dejan de ser ménos ciertas; mas aun cuando nos limitáramos al exámen de los temperamentos, de las idiosincrasias, de las facultades mentales y las pasiones, y de la influencia de los hábitos, ¡qué campo tan vasto de observaciones no se presenta al médico imparcial! Querer limitar la especie humana al pequeño círculo que le han trazado dos

ó tres pequeñísimas fracciones, que aunque han llegado á un alto grado de civilization, han obrado sin conocimiento del todo, es ocurrir en un error. La relacion íntima de lo físico con lo moral, y de lo moral con lo físico, que es parte del estudio fisiológico, varia tanto, como varían la figura, la espresion, las formas, las facultades intelectuales y las pasiones; y en este punto nadie podrá poner en duda la diferencia de todos los habitantes de la tierra. Supuesto que todo lo que sostiene la vida influye en las funciones animales, orgánicas y racionales del hombre, y que los diversos pueblos están bajo el dominio de influencias variables, resulta á mi modo de ver que estas imprimirán al hombre físico modificaciones que es preciso conocer, y que obran á su vez sobre el moral del individuo.

Pero si de estas consideraciones pasamos á las relativas á la patología y á la terapéutica, no podremos desconocer la necesidad de arreglar ambos ramos á las exigencias locales. En la primera es casi de absoluta necesidad hacer variaciones en todas sus partes, y ampliar, por decirlo así, el cuadro nosológico que se ha erigido sobre sistemas caprichosos, y en el cual faltan aun, muchas enfermedades exclusivamente nuestras. ¿Quién no sabe que en muchos lugares se padecen enfermedades endémicas, diversas de las descritas en los autores de patología, y que muchas esporádicas toman aspectos particulares en los distintos pueblos que invaden?

Las enfermedades epidémicas tienen una predileccion, no solo por ciertos puntos de una nacion, sino por algunos barrios de una misma capital, en cuyos habitajos se ceban. En México se han presenciado estos casos con alguna frecuencia, y al investigar la causa, echamos la culpa á la mala policía, al pésimo método de hacer la limpia de las atarjeas, al tránsito diario de los carretones nocturnos, y á otras mil circunstancias, que aunque decididamente perniciosas á la salud, no nos obligan de modo alguno nuestra duda. ¿Cómo se da la razon de la preferencia de una epidemia sobre los moradores de un barrio, en las mismas circunstancias higiénicas en que los respeta otro poco tiempo despues? Es necesario convenir en que la falta de los conocimientos locales, es la fuente de semejantes dudas, y que si no procuráramos adquirirlos, caminaremos á oscuras. Se dice de un modo general, que los pantanos, los muladares, etc., etc., son causas de epidemias, pero concediéndolo así, ¿serán iguales las emanaciones que

se desprenden en todos los focos de infeccion? ¿lo serán las enfermedades cuyo desarrollo favorecen?

La etiología no se compone mas que de los agentes todos que mantienen nuestros órganos, y de los diversos usos que de ellos hacemos; y si como se ha dicho ántes, y no puede ponerse en duda, estos y aquellos varían en todos los países, es indudable la necesidad de apreciar las causas nacionales, que determinan nuestros padecimientos físicos. Aquí debería yo detenerme á considerar el pésimo método que se ha seguido en la formacion de una parte tan interesante de la patología. Al leer el catálogo inmenso de causas, que para cada enfermedad nos ponen los autores, creeríamos que se habian apreciado debidamente todas y cada una de las que tienen una influencia manifiesta; pero al reflexionar en que casi no hay una enfermedad á la que no se le apliquen las mismas; no se puede ménos de convencer en que la medicina muy poco ha avanzado en este ramo. Los racionios á priori y el exámen superficial del relato de los pacientes, han sido constantemente el fundamento sobre que se ha apoyado la etiología, de donde ha dimanado, como una consecuencia precisa, que á las simples coincidencias se hayan bautizado con el nombre de causa; y que cuando no se puede echar mano de algunas razones para dorar el error, se ocurra á una palabra, que aunque á los ojos del vulgo lo disfrazá, á los del médico que discurrir y conoce medianamente los principios de la medicina, solo significa una confesion de ignorancia; esta es la palabra predisposicion. Pero insensiblemente me iba divagando del objeto principal de mi trabajo, por consideraciones estrañas; y volviendo á él, séame lícito preguntar, ¿los síntomas, marcha, duracion, terminacion y pronóstico de las enfermedades, son unos mismos en todas partes?

Las enfermedades son „como los hombres que en cada país se vislentan con el traje nacional.“ Verdad me parece esta tan palpable, que creo firmemente no habrá un solo médico que no haya notado muchas veces en sus enfermos algunas diferencias, comparándolos con las historias que nos ofrecen las diversas monografías que llegan á nuestras manos. ¿V cómo no habia de ser así, cuando varía el paciente por su constitucion física y moral, y varían igualmente todas las influencias en que está colocado? Una ligera comparacion que se puede hacer cuando se quiera, y que ya la han realizado algunos profesores, quita toda duda sobre este punto: esta es la de una enfermedad entre un hombre de la clase indigente

y la misma en un hombre acomodado: ni la manifestacion de los síntomas, ni el curso, ni el término, y muchas veces ni aun el tratamiento son iguales en ambos. ¿Pues porqué esta diferencia que existe en las clases no ha de existir en las naciones?

Con relacion á la terapéutica, hemos olvidado del todo la observacion, sin tomarnos el trabajo de examinar la infinidad de substancias que pueblan nuestros campos, creyendo tal vez que al producirlos la naturaleza, mas bien quiso embellecer el suelo, que subministrarnos medios para cubrir nuestras necesidades, y principalmente para curar nuestros males. Contentos con esas arbitrarias clasificaciones que los autores de materia médica han hecho, consultando mas bien la facilidad de estudiar las substancias, que los usos de estas, podemos decir que el reino vegetal y el mineral se han reducido á un calmante, un excitante, un tónico, un astringente, un narcótico, y dos ó tres substancias, cuyo modo de obrar ignoramos. Pero ni aun de tan estrecho cuadro hemos sacado las ventajas con que nos brindan nuestras localidades. A pesar de tener un inmenso terreno que participa de todos los climas, y en el cual se manifiesta una naturaleza feraz, como unos consumidores de los productos estraños, y ni procuráramos buscar equivalentes, ni estudiamos la acción que ejercen sobre la economía muchas plantas que nos son peculiares. ¿Cuánto no hubiera adelantado la materia médica si se hubiera hecho un estudio de la topografía médica de México? ¿Cuánto no se hubiera fomentado nuestra riqueza con el exámen minucioso de los productos de nuestro suelo? Sin esponernos á ver incoherente la acción de algunas substancias que nos vienen del exterior, por el fraude de los comerciantes en drogas, acaso tendríamos medicinas energicas que constituyeran artículos de esportacion, y la terapéutica debería á los mexicanos muchos descubrimientos.

Por la mas presuntuosa parcialidad, los médicos miramos con desprecio cierta clase de remedios populares que emplean algunas gentes para curar sus dolencias, y con las cuales suelen sanar; y como tenemos á ménos siquiera el examinarlos, jamas las empleamos, privando tal vez á los enfermos de un recurso eficaz. Si ateniéndonos á nuestros conocimientos, vemos que la enfermedad que se combate, pide un calmante, en vano nos responderán mil hechos de las ventajas de un excitante, que nuestra preocupacion ha de superar á todo, y hemos de cerrar los oídos á los consejos de la esperiencia. Los brillantes efectos